Earle Herrera

Rocinante comió muchas ciruelas en el parque

Ilustrado por Alejandra Herrera *y* Carla Ricciardelli

EL PERRO y LA RANA

Earle Herrera

Rocinante comió muchas ciruelas en el parque

EL PERRO y LA RANA

© 2.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2020
© 1.ª edición, La Espada Rota, 1999

© Earle Herrera
© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición
Juan Carlos Torres

Diseño y diagramación
Ennio Tucci

Corrección
Vanessa Chapman

Ilustraciones
Alejandra Herrera
Carla Ricciardelli

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-4708-5
Depósito legal: DC2020000970

Herrera, Earle, 1949-
Rocinante comió muchas ciruelas en el parque / Earle Herrera ;
Ilustrado por Alejandra Herrera y Carla Ricciardelli. -- 1a ed. --
Caracas : Fundación Editorial El perro y la rana, 2020. -- 89 p.

ISBN: 978-980-14-4708-5
DL: DC2020000970

1. Cuento infantil venezolano. I. Herrera, Alejandra, 1988- , il. II. Ricciardelli, Carla, il. III. Título
028.534
H565

EDITADO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Earle Herrera

Rocinante comió muchas ciruelas en el parque

Ilustrado por Alejandra Herrera y Carla Ricciardelli

Dedico este libro a
Musa Daniela
y a Gael Ulises

José María, el Alegre Embustero

José María, el Alegre Embustero, se la pasaba nada más que inventando cosas, puros embustes, sentado frente a la playa, sobre una piedra cubierta de algas marinas, bajo el sol de los días.

José María no trabajaba ni pescaba, pero comía en casi todas las casas de aquel tranquilo pueblo de pescadores. Cuando no estaba acostado en la playa, con la cabeza recostada de su piedra verdialga, rodeado de caracoles y cangrejos, andaba de casa en casa contando historias que eran puros inventos suyos y comiendo de lo que le daban por sus

relatos imaginarios. En muchas casas ya ni le oían, le ponían la comida y él se quedaba masticando y hablando solo, echando su cuento para que no fueran a decir que no se había ganado su plato de carite frito.

Un día venía José María, el Alegre Embustero, y contaba que un Jueves Santo, cuando rompía las zarandas de las muchachas con su trompo, al tirarlo, en vez de bailar, el trompo salió rodando de medio lado y se internó en un montecito. Y cuenta José María, muy serio él, que lo buscó día y noche y no lo pudo encontrar y nunca pudo saber dónde se había metido el trompo. Y pasaron los días y los meses y llegó la Navidad y el Carnaval y volvió a llegar la Semana Santa y José María se acordó del trompo que se le había perdido el año anterior y, por no dejar, esperó al Jueves Santo para asomarse al montecito. Y cuál no sería su sorpresa cuando

encontró su trompo dando las últimas vueltas. Un año estuvo dando vueltas el trompo de José María, el Alegre Embustero.

Otro día llegaba y contaba que su abuelo era un gran cazador de patos. Su abuelo tenía un burro donde llevaba los patos que cazaba. Y hubo una tarde en que el abuelo de José María cazó muchos patos y los fue amarrando sobre el burro. El abuelo fue a buscar otros patos que había derribado con su rifle y cuando regresó no encontró al burro y empezó a buscarlo y no lo hallaba por ningún lado, parecía que se lo hubiera tragado la tierra, y ya se estaba empezando a desesperar y a enojar cuando unos rebuznos que venían desde el cielo le hicieron mirar hacia arriba. El viejo, con los ojos abiertos hasta más no poder, vio como los patos volaban por los cielos y, entre rebuznos y rebuznos, llevaban al burro más allá de las nubes.

Otro día se aparecía José María, el Alegre Embustero, echando de casa en casa sus cuentos inventados por él, llegando cada mañana con una nueva historia. Y un día llegó como loco a la casa de los González y se tiró en el suelo y pedía agua o que le dieran un golpe en la nuca y balbuceaba y echaba espuma por la boca, y la señora Tila decía: "Que te dejes de bromas, José María, déjate de payasadas que sí te vamos a dar sancocho". Pero José María seguía revolcándose en el suelo, balbuceando cerca del fogón y los niños reían y reían hasta que el señor González se dio cuenta de que José María estaba demasiado serio y empezaba a ponerse morado y a voltear los ojos y el señor González se le acercó y exclamó: "¡Virgen del Valle, José María se está muriendo!".

Y ahí mismo, en el suelo, lo sacudió por los hombros y le golpeó la nuca y como José María seguía igual, pero abría

repetidamente la boca, como para que se la vieran, el señor González metió sus ojos hasta la garganta del asustado José María y allá en el fondo, más allá del cielo de la boca, en lo más hondo, descubrió con asombro una bella ciudad y, más allá, para que aumentara su sorpresa, vio el verde amarilloso de un campo de valles y montañas donde los trompos no dejaban nunca de bailar, las mulas entraban y salían tranquilamente del corazón de las auyamas y los burros, elevados por los patos, volaban jubilosos entre las nubes.

El señor González volteó maravillado y le dijo a su esposa y a sus hijos: "¡No le pasa nada. Solo que está atragantado con sus propias fantasías!".[1]

1 Nota: José María sacaba sus cuentos de la tradición oral.

Viaje al interior del arcoíris

Con la bulliciosa llegada del invierno, todas las tardes nos reuníamos debajo del araguaney a esperar la multicolor aparición del arcoíris. El sábado pasado, bordeando la montaña, dibujó uno por uno sus siete colores sobre el verdor alto de los árboles. Allí permaneció, perfectamente arco y hermosamente iris, como una corona planetaria.

Nos habían dicho que el arcoíris era un animal gigante que venía de muy lejos a beber en los ríos y, también, que si uno se le acercaba mucho, se lo tragaba y no lo devolvía más

nunca, porque nunca, que se sepa, habían visto a alguien volver de sus colores.

Ese sábado decidimos acercarnos a él lo más posible. En ocasiones anteriores, mientras más nos aproximábamos, el arcoíris más se alejaba, resultando siempre imposible darle alcance. Pero esta vez permaneció en su sitio y eso nos puso desconfiados: tal vez nos estaba esperando para llevarnos al lugar desconocido, al mundo de los misterios de donde no se retorna.

Todos nos detuvimos a cierta distancia y miramos con admiración al inmenso arco de colores. Nunca le habíamos llegado tan cerca y sentimos temblor y nos dimos cuenta de que no se bebía el río del verde valle porque el río no se secaba. Vimos también a una vaca atravesar sus colores y salir sin que nada le pasara. Juancho dijo que lo que decían

del arcoíris eran puras leyendas y corrió hacia él. Quisimos detenerlo, le gritamos que se detuviera, pero Juancho siguió corriendo hacia la montaña, sin volver la vista.

Asombrados, lo vimos atravesar el arcoíris y también que, desde allá, bañado de colores, nos hacía señas. En un parpadeo, con pánico lo vimos caer de espaldas y quedarse tendido en el suelo. Aunque muy asustados, corrimos sin pensarlo hacia él, pero cuando llegamos ya se había puesto de pie. Soltó una sonrisa triunfal y dijo que se tiró al suelo para hacernos llegar hasta el hermoso lugar.

—¡Vengan! —exclamó—, los colores del arcoíris no se sienten, ¡se ven solamente!

Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que también nosotros estábamos dentro del tubo de colores. El arcoíris nos había abierto sus siete puertas, cada una de un color, y

podíamos correr por todas sus franjas y cambiar de color cuando pasábamos de una a otra, como por arte de magia.

En ese momento empezó a llover muy fuerte y el arcoíris comenzó a desaparecer. De pronto nos encontramos en la pura transparencia de la lluvia y Juancho dijo:

—Ya ven, es como todos los colores, se disuelve con el agua.

—El arcoíris —comentó Pedro, como si no hablara con nadie— es una caja gigante de colores, con la que el sol se divierte pintando el valle y el aire y las montañas y hasta el horizonte donde se juntan el cielo y la tierra.

—... y si el sol se va —dijo Juancho—, pues, se lleva sus colores. Así lo hace todo el mundo, ¿no?

Alejandrina, loca patriota, ¿qué te alborota?

—Un, dos… un, dos… un, dos…
¡Firrr-messs! ¡Ennn marrr-cha!
—Un, dos… un, dos… un, dos…

Alejandrina era la jefa del batallón. Su voz de mando se dejaba oír por toda la calle Orinoco, alborotando perros y lagartijas, perdiéndose allá lejos, donde la calle desaparecía junto con su voz fuerte y aguda de heroína de una bella historia que ella nos contaba cada noche, cuando nos sentábamos a su alrededor en la acera de la esquina, donde la luz de la luna se hacía más clara y todo parecía de plata.

Alejandrina llegó al pueblo una alegre tarde de marzo, vestida con un camisón de retazos de todos los colores y una bandera de Venezuela en la mano. Bajó de la camioneta mirando para todos lados, deteniendo su vista en los muchachos que jugábamos a los vaqueros del lejano oeste. Sin hacer mucha fuerza, se le soltó a don Manuel, quien la llevaba tomada de un brazo, me llamó, sin yo conocerla, y me preguntó:

—¿Cómo te llamas tú?

Me gustó la forma en que preguntó mi nombre y yo me sentí importante y contento y por eso le dije:

—Luis, me llamo Luis, ¿por qué?

—Muy bien, Luis —me dijo ella, agachándose un poco y mirándome como emocionada—, mañana reúne a tus amigos a esta misma hora. Mañana vamos a jugar a la Independencia, ¿sí?, a los patriotas.

Alejandrina entró en la casa de don Manuel y yo me quedé mirándola hasta que cerraron la puerta. Fue por eso que me sorprendió uno de los bandidos del lejano oeste, Robertico, y me puso manos arriba.

—¡No te muevas, que estás rodeado! —me amenazó el bandido.

Yo me entregué, no podía hacer más nada, y cuando estábamos todos reunidos les conté lo que me había dicho y propuesto la señorita que acababa de llegar al pueblo y todos los muchachos se echaron a reír y me dijeron que Alejandrina era loca, y que don Manuel, su hermano, la había ido a buscar al manicomio porque ya no tenía remedio.

De todos modos, al otro día todos los muchachos estuvimos reunidos allí, en medio de la

calle de tierra amarilla, frente a la casa de María, la Peleona, la que se ponía brava cuando gritábamos mucho, y estábamos allí cuando de pronto se escuchó un grito:

—¡Vuelvan caras!

Era Alejandrina la que gritaba, imitando a un general de la Independencia, un general catire llamado José Antonio Páez, según me contó mi padre por la noche.

Bajo la llovizna que comenzaba a caer, con el pecho adornado de cintas y medallas, apareció Alejandrina. En un palo de escoba llevaba engarzados tres pañuelos: uno amarillo, uno azul y otro rojo. Con un turbante violeta se recogía su largo cabello negro y montaba, como si fuera un caballo, otro palo más largo pintado de blanco. Alejandrina se nos acercó, pero todos mis amiguitos salieron corriendo y gritando: "¡La loca, la loca! ¡Sálvese quien pueda!".

Gritando y riendo, corrieron los muchachos y yo me quedé solo con Alejandrina, sin hablarle.

Ella sonrió y me dijo que ya los muchachos se acostumbrarían a seguirla y arrancó a correr calle abajo, gritando voces de mando y lanzando insultos contra unos realistas a los que perseguía.

Todas las tardes la figura de Alejandrina atravesaba la calle Orinoco con su bandera en alto. Sus gritos se alejaban hasta apagarse del todo. Y ya los muchachos no le gritaban: "Loca patriota, loca patriota, ¿qué te alborota?".

Y un día corrimos detrás de ella, no persiguiéndola, sino siguiéndola por todas las calles, marchando bajo sus órdenes: "Un, dos… un, dos… un, dos…".

Cerca del puente, Alejandrina se detuvo y nos preguntó si queríamos ser soldados de su ejército y todos respon-

dimos que sí. Ella dijo entonces que había que nombrar un jefe y nosotros no la dejamos terminar de hablar y la nombramos allí mismo nuestra jefa. Y Alejandrina, como ya era jefa, empezó a repartir cargos: "Tú serás cabo; tú, teniente; tú, sargento" y luego comenzamos a marchar de nuevo: "Un dos… un dos… un dos…".

Todas las tardes marchábamos con Alejandrina, corríamos, tomábamos el parque del enemigo, plazas y fortines. Y su voz de comandante se dejaba oír por todas las calles: "¡Aaaa–tennn-ciónnn! ¡Firrrmesss! Un, dos… un, dos… un, dos…".

—¡Ahí van los muchachos detrás de esa loca!— decía la gente, pero ni Alejandrina ni nosotros le hacíamos caso.

Un día Alejandrina nos entristeció con una noticia. Nos dijo que tenía que regresar a la ciudad y ninguno se atrevió a preguntarle si al manicomio.

—Pero si tú estás bien —le dijo Roberto al poco rato, sin mirarla a la cara—, tú eres nuestra jefa.

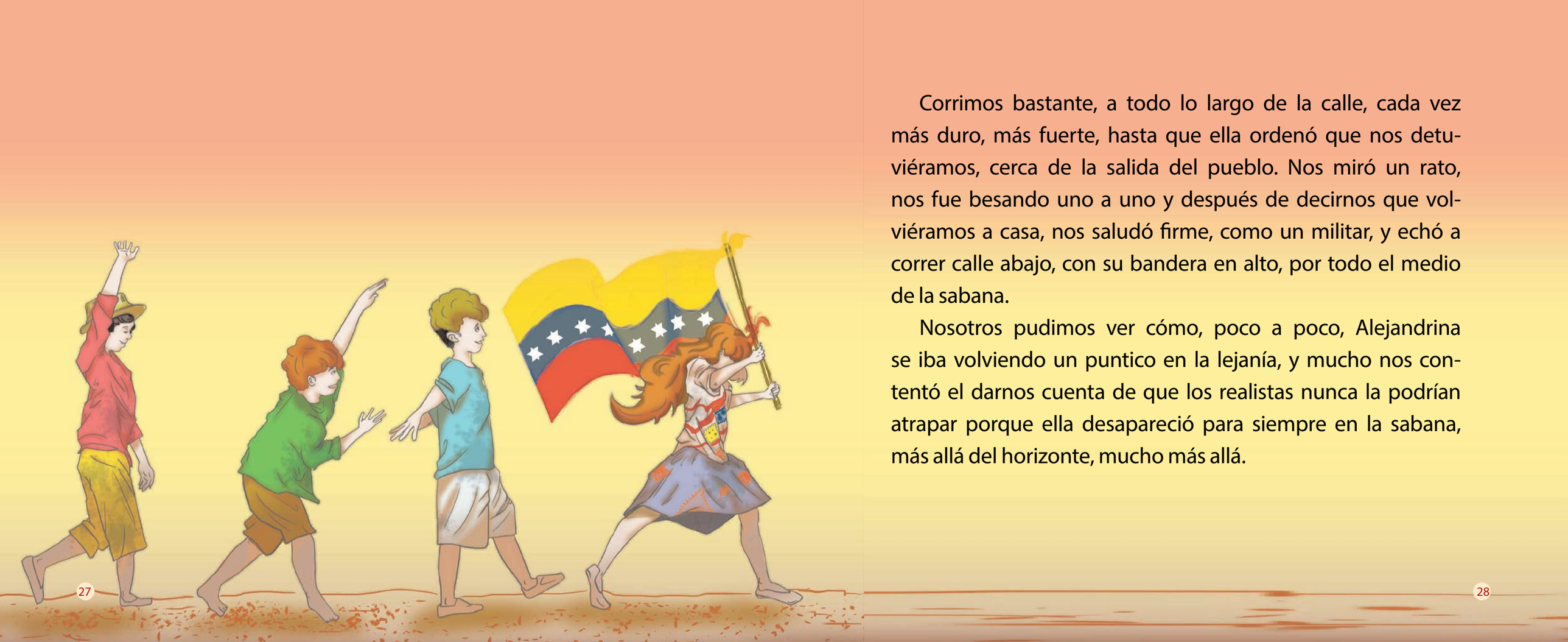
—Me llevan —murmuró ella, viéndose los pies.

—¡No te dejaremos llevar! —gritó Argimiro—. ¡Te ayudaremos a escapar!

Y Alejandrina, como si de pronto la hubiera iluminado un sol de alegría, se paró de la acera, montó su caballo de un salto, levantó a lo alto su bandera y gritó:

—¡Vamos a escaparnos! ¡Nos escaparemos! ¡Eaaaa!

Y todos echamos a correr detrás de ella, espoleando fuerte los caballos y gritando: "¡Viva Alejandrina! ¡Viva!".



Corrimos bastante, a todo lo largo de la calle, cada vez más duro, más fuerte, hasta que ella ordenó que nos detuviéramos, cerca de la salida del pueblo. Nos miró un rato, nos fue besando uno a uno y después de decirnos que volviéramos a casa, nos saludó firme, como un militar, y echó a correr calle abajo, con su bandera en alto, por todo el medio de la sabana.

Nosotros pudimos ver cómo, poco a poco, Alejandrina se iba volviendo un puntico en la lejanía, y mucho nos contentó el darnos cuenta de que los realistas nunca la podrían atrapar porque ella desapareció para siempre en la sabana, más allá del horizonte, mucho más allá.

Les voy a contar un sueño

—Les voy a contar un sueño —dijo Juan a sus compañeros con quienes, sentados en un círculo, dibujaba aviones en la tierra:

Anoche soñé que del Parque del Este se había escapado un tigre de Bengala. Yo había visto a ese animal otras veces, en su jaula de barrotes verdes, pero nunca suelto. En la jaula se veía tranquilo, medio dormido, como fastidiado. Se movía lentamente, pero seguía siendo elástico y eléctrico, como los grandes tigres de las películas. En cambio, en el sueño, andaba suelto. Toda la gente estaba muy asustada

y la policía ordenó que cerraran puertas y ventanas y recomendó tomar todo tipo de precauciones, como guardar suficientes alimentos para no tener que salir a la calle mientras duraba el peligro. Adentro, en la escuela, quedó un grupo de niños que no podían irse para sus casas hasta que atraparan al tigre. Los niños no estaban asustados porque a veces no se siente miedo en el sueño y los niños que estaban en mi sueño no tenían miedo. Más bien querían salir a la calle para ver al enorme felino caminando por las avenidas, mirando los semáforos, roncándoles a los carros, entrando en las tiendas y bebiendo agua en las fuentes luminosas. Pero las maestras no dejaban salir a los niños y estos ya se estaban fastidiando demasiado. Uno de ellos propuso que hiciéramos un círculo para echar cuentos y así lo hicimos todos. Como ninguno empezaba, y yo los vi muy fastidiados, les dije:

—Les voy a contar un sueño.

Y les conté el sueño que tuve con un enorme tigre de Bengala que se había escapado del Parque del Este y andaba por la ciudad, de lo más despistado, mirando con precaución y curiosidad el luminoso parpadear de los semáforos.

¿Puede a un muñeco palpitarle el corazón?

Habíamos asistido al bautizo de muchas muñecas y muñecos, a sus fiestas de cumpleaños y piñatas; también a un matrimonio, porque una vez casamos a un muñeco y a una muñeca que se hicieron novios y tuvieron un hijo, y fuimos también al nacimiento del bebé-muñeco, al que le pusieron el mismo nombre del padre: Ramsés II, porque su papá era un muñeco egipcio y se llamaba Ramsés, como todos los faraones de una antigua dinastía de Egipto.

Habíamos ido a los desfiles de los muñecos organizados cada año para celebrar el

Día del Muñeco; a sus reuniones o asambleas mensuales y a las carreras que los muñecos atletas disputaban sobre su pista mágica.

Pero a lo que nunca habíamos asistido era al entierro de un muñeco, porque que se sepa nunca había muerto uno.

El otro día, sin embargo, cuando estábamos jugando en la calle, llegó René muy triste a invitarnos al entierro de su muñeco Choclín. Todos nos quedamos mirándolo y como él creyó que no le creíamos, dijo:

—Ah, pues, se murió, ¡como se muere todo el mundo!

—¿Y de qué se murió? —le preguntó Conchita, pelando los ojos como si estuviera sorprendida.

—Se cayó del escaparate —explicó René—, se dio un golpe en la cabeza y cuando lo recogí del suelo estaba frío, muertico-muertico de verdad-verdad. Creo que se fracturó el resorte de la columna.

—Los resortes no se fracturan —le criticó Toño.

—¡Bueno, chico —respondió René—, entonces fue el cráneo lo que se fracturó!

El jueguito de René no nos gustaba nada, pero Anamaría, más alegre que triste, saltó y gritó:

—¡Bueno, vamos al entierro! Si se murió, como tú dices, hay que enterrarlo, ¿no?

Haciendo un rodeo por el parque, todos corrimos hasta la casa de René y no paramos hasta llegar al patio. Ya él tenía al muñeco metido en una negra caja de zapatos. El suyo era uno de esos muñecos que abren los ojos cuando se paran

o se sientan. Pero René se los había pegado con cinta adhesiva porque, según dijo muy serio, los muertos no deben abrir los ojos. Todos estuvimos muy de acuerdo con eso.

Del jardín cercano cada uno trajo una flor y la colocó en la caja del muñeco difunto. Yo, de pronto, vi en el suelo que una cucaracha, y esa sí que estaba muerta de metra, era arrastrada por un ejército de hormigas. —Qué curioso —me dije—, son dos entierros—. Y estaba distraído, mirando el triste funeral de la cucaracha, cuando la voz de Antonio me sorprendió:

—¿Qué es lo que pasa aquí? —había gritado Antonio, que venía de la escuela con su uniforme blanco.

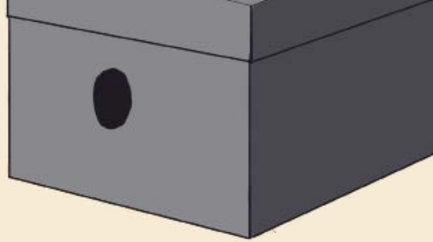
—El muñeco de René... bueno… que se murió —dijo Conchita—. Lo vamos a enterrar ahora, ¿tú no vienes?

—Un momentico, ticotico —interrumpió Antonio—, a ese muñeco lo veo demasiado rosado para estar muerto.

—No respira —le aclaró René—, no ve, no oye, no camina, no llora, no ríe, no dice “papá”, no dice “mamá”, ¿quieres más? ¡Está muerto! ¿Vas a saber tú más que yo que soy el dueño?

—¿Ves este uniforme? —le preguntó Antonio, señalando con el dedo su bata blanca—, ¿lo ves? Bueno, es mi uniforme de médico. Y hasta tanto yo, que soy el doctor, no diga que ese muñeco está muerto, pues no lo está. Así que déjame verlo, no vaya a ser que cometan la maldad de enterrar a un muñeco vivo.

Antonio, muy serio, se arrodilló junto a la caja de zapatos, apartó las flores y le tomó un brazo al muñeco. Se miró un rato su muñeca izquierda, donde se suponía que tenía un reloj, pero no tenía nada. Dijo que le tomaba el pulso. Después le puso la mano en el pecho y, en el acto, gritó:



—¡Le palpita el corazón, está vivo, su corazón está palpitando!

La forma en que lo dijo nos asustó de verdad. El mismo René se puso pálido como un papel. Antonio nos pidió que le pusiéramos la mano en el pecho al muñeco y todos lo fuimos haciendo. Y de verdad, con susto y sorpresa, sentimos cómo le palpitaba el corazón a Choclín. El último en ponerle la mano fue el propio René, que exclamó, como si no lo creyera:

—¡Le está palpitando, no puede ser! ¡Está vivo! ¡No puede ser!

—¿Se acabó el juego entonces? —se lamentó Anamaría—, entonces… ¿ya no hay entierro?

El doctor Antonio tomó su maletín y se marchó por el jardín, alegre de haber cumplido con su deber.

Como a las dos semanas, Anamaría dijo, burlona:

—Lo que pasó aquella vez fue que todos estábamos tan asustados que sentimos en el pecho del muñeco el temblor de nuestras manos. Fue nuestro miedo lo que salvó al muñeco de que lo enterráramos.

—Estás bien equivocada —le dijo René—, porque yo todas las noches le pongo la mano en el corazón y siento su palpitar. Sí, señor, si quieres lo traigo para que veas. ¿Tú esperas aquí, Antonio?

—No —respondió el doctor Antonio, acomodándose su bata blanca—, ahora no porque voy de prisa a ver a la muñeca de Rosita, que parece haber pasado toda la noche con fiebre. Rosita está muy preocupada y me mandó a llamar urgente.

Anamaría lo miró de arriba abajo y le dijo:

—Con fiebre, con fiebre… ¿tú has visto a alguna muñeca con fiebre?, ji, ji…

—No sé —respondió Antonio muy sereno—, yo como médico tengo que verla y examinarla. Y después diré si tiene o no tiene fiebre.

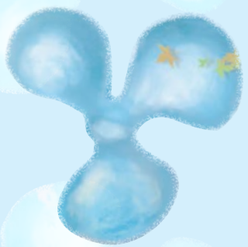
Así dijo y se marchó muy tranquilo y seguro, bamboleando su maletín de médico. A mí me provocó detenerlo para preguntarle si las hormigas entierran vivas a las cucarachas… pero no me atreví. Lo vi que iba demasiado apurado y el corazón me hacía tuquitum, tumtum… tuquitum, tumtum, como el corazón de Choclín, el muñeco de René.

Un avión azul en el patio de la casa

El avión siempre estuvo allí, en el patio de la casa. Creo que antes de yo nacer ya estaba allí. Como desde siempre lo vi, nunca pregunté de dónde venía, para dónde iba ni cuándo ni cómo llegó hasta el patio. Tío Juan lo había pintado de azul y en la cola le dibujó el escudo y la bandera de nuestro país. Todos los muchachos del barrio venían a la casa a jugar en el avión, todos querían ser su piloto. De él

solo sabíamos que había caído en el patio y allí lo dejaron. Le quedó rota el ala izquierda, pero Tío Juan se la arregló con planchas de zinc. También le hizo una hélice y en la cabina le puso un manubrio de bicicleta. Quedó perfecto… aunque no volaba.

Bueno, para nosotros sí volaba. En él no sé cuántas veces le dimos la vuelta al mundo. Un día íbamos a Uruguay, otro a la Argentina, después en pleno vuelo decidíamos irnos a Europa, Asia, África, regresábamos por Brasil, echábamos gasolina en Perú, seguíamos para los Estados Unidos, sobrevolábamos México, aterrizábamos en Cuba y luego, cuando ya se estaba haciendo tarde, volvíamos a nuestro pueblo y lo guardábamos en el patio. En la cabina de mando teníamos brújula, binóculos, mapas, y mientras volábamos, íbamos discutiendo los lugares hacia donde nos dirigíamos. Claro,



fuimos creciendo y llegamos a la edad en que uno se pone preguntón. Como ya nos llevaban al matiné y leíamos suplementos de comiquitas, un día nos entró la curiosidad por saber todo acerca del avión. Cuando Tío Juan regresó de su trabajo, antes que terminara de quitarse el casco y las botas, le pregunté:

—Caramba, Tío, ¿cómo cayó ese avión en el patio?, ¿de quién era?, ¿para dónde iba?, ¿por qué no se lo llevaron?, ¿cuándo...?

—¡Epa, jovencito! ¡Una por una! —me atajó Tío.

—Bueno, Tío, ese avión tuvo que haber sido de alguien, ¿no?

—Claro que sí —respondió Tío Juan, mientras se quitaba las botas—. Ese avión era de un musiú de la compañía petrolera, de un jorungo. Le falló el motor y cayó allí, en el patio, pero ni a él ni a sus compañeros les pasó nada.

—El musiú —siguió contando Tío— ni se preocupó por rescatar su avión para repararlo. Allí lo dejó como algo inservible.

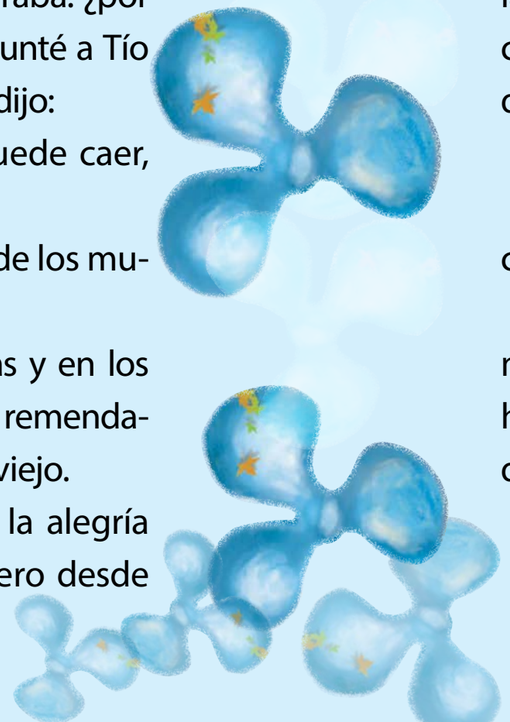
De todo lo que le escuché a Tío, algo no me cuadraba: ¿por qué si era de un musiú, el avión se cayó? Eso le pregunté a Tío Juan y él soltó la risa, me puso su casco de acero y me dijo:

—No friegues, muchacho, cualquier avión se puede caer, no importa de quién sea.

—Sí —le dije—, pero en las películas los aviones de los musiús nunca se caen y en los suplementos menos.

—Ahhhh —exclamó Tío—, eso es en las películas y en los suplementos. Pero allí tienes a ese, míralo, con su ala remendada y su manubrio de bicicleta y su hélice de ventilador viejo.

Lo que Tío Juan me contó no cambió en nada la alegría con que piloteábamos y viajábamos en el avión. Pero desde



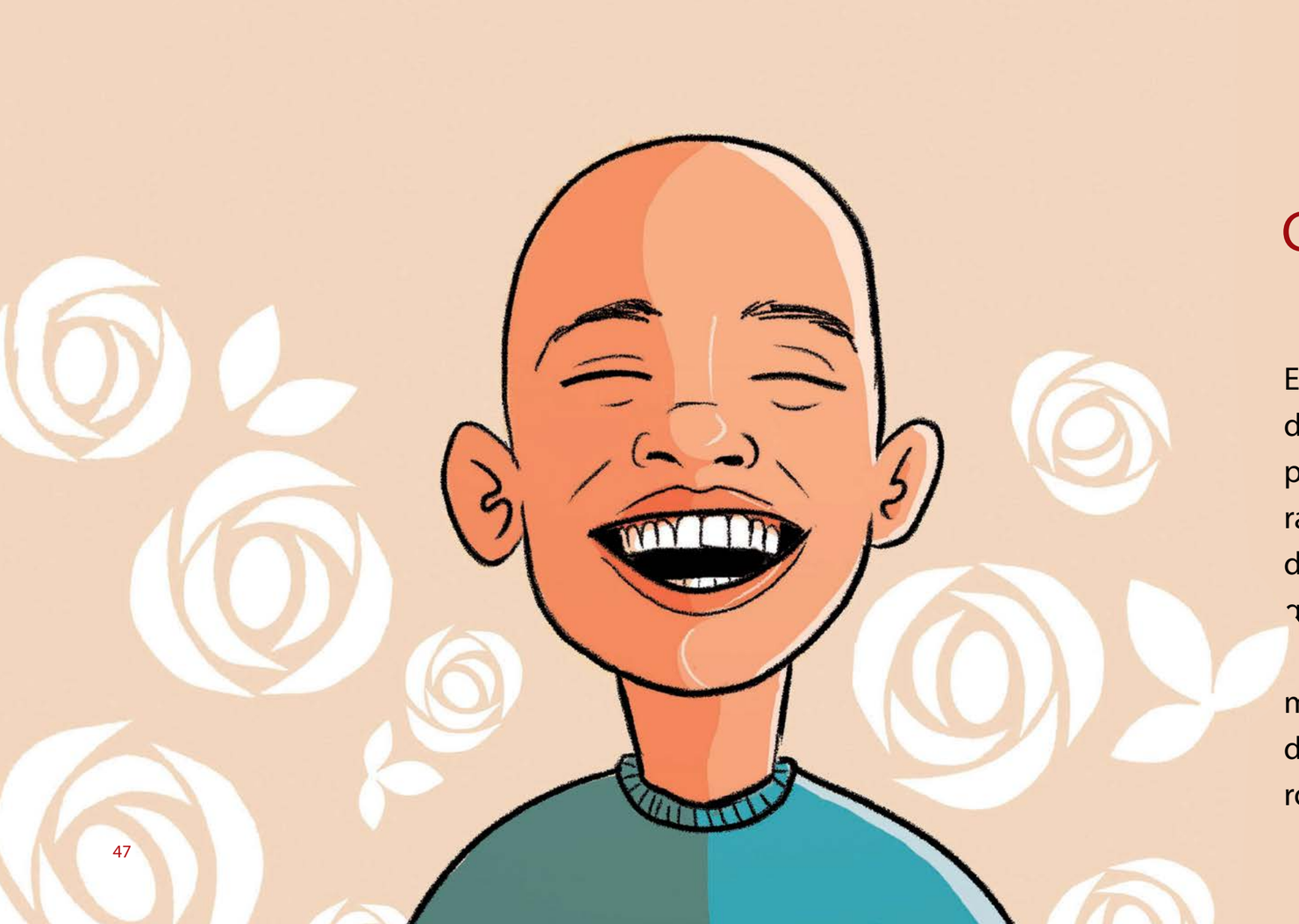
aquella tarde, lo que veía en las películas y leía en las comiquitas no me cuadraba muy bien.

Pensaba todo esto cuando Cheo dijo que estábamos volando sobre el mar Caribe. Todo era azul allá abajo, azul con chispas de plata. Mirando el horizonte con los catalejos, le dije a Cheo, emocionado:

—¡A este viejo pájaro le roncan los motores, ¿no?!

—¡Claro! —respondió Cheo—, además el viejo pájaro nunca nos cambió su historia.

Una centella iluminó el cielo y la amenaza de una tormenta tropical nos aconsejó regresar a nuestra base. Así lo hicimos y, ya en tierra, nos despedimos hasta el otro día del querido y viejo pájaro azul.



Cultivo una rosa blanca

En Santa Bárbara vivía un muchacho jardinero llamado Juan Vaca, o no se llamaba así pero le decían Juan Vaca porque tenía los ojos grandotes, los labios gruesos y el coco rapado, y para más seña, siempre andaba callado, mirando lejos, como si estuviera perdido o se la pasara pensando quién sabe en qué cosas.

Juan Vaca no cantaba ni bailaba ni jugaba, pero sabía montar a caballo y ordeñar las vacas y lavar los gallos y cuidar el jardín. A Juan Vaca le gustaban mucho las flores; las rosas blancas eran las que más le gustaban y las que más

cuidaba y las regaba todas las mañanas, siempre tan callado, muy callado.

Uno hablaba con Juan Vaca, uno le preguntaba cosas, uno lo convidaba a jugar y Juan Vaca lo único que hacía era reír. La gente lo miraba y él se reía; lo enviaban a hacer un mandado y él se reía; lo regañaban y él se reía; se burlaban de sus calzones anchos y él se reía. Ya la gente entendía su risa, ya sabía cuándo se reía de alegría, de tristeza o de nada. Todos sabían lo que quería decir cuando se reía ja-ja o je-je o ji-ji o jo-jo o ju-ju. Con cada forma de reír quería decir una cosa. Y la gente entendía la risa de Juan Vaca. Entendían las vocales de su risa.

Pero Juan Vaca no era mudo, sino que no le gustaba hablar o le daba pena con la gente, porque con los animales sí hablaba, y con las flores y las nubes y las lluvias y las

estrellas y con él mismo. Y tampoco era loco ni le patinaba el coco, como decían, porque nunca se le vio hacer ninguna locura y lo único que hacía era hablar solo, y eso lo hace todo el mundo, lo que pasa es que unos lo hacen en voz baja o cuando creen que nadie los está oyendo, pero sí hablan. Además, a Juan Vaca le gustaban mucho las rosas y en cambio el loco Julián —el que se comió el mecate con que lo amarraron, porque ese sí era loco de verdad— las arrancaba del jardín y las pisaba y se las comía y después andaba por todas esas calles nada más que escupiendo flores.

—Por aquí pasó el loco Julián —decía la gente cuando veía las flores escupidas en el suelo—, segurito que por aquí pasó.

Los muchachos no le hablaban a Juan Vaca porque él no les hablaba a ellos, ni lo convidaban a jugar, ni lo invitaban para el río y cada día Juan Vaca andaba más solo y

callado, de arriba abajo, por las calles de piedra de Santa Bárbara, hablando solo y mirando lejos, como perdido.

Las calles de Santa Bárbara eran de piedritas redondas y negras porque Santa Bárbara queda en Guayana, cerca del cerro Bolívar, que es un cerro macizo de puro hierro y por allí todas las piedras parecen bolitas de hierro, son piedras que el tiempo no terminó de volver hierro y se quedaron piedras, pero casi hierro. Y Juan Vaca siempre andaba con un montón de piedritas de esas en las manos, jugando con ellas, hablando con ellas y frotándolas como si quisiera ponerlas más redonditas y lo que ganaba era que las manos se le pusieran rojas-rojas de tanto darle a las piedras.

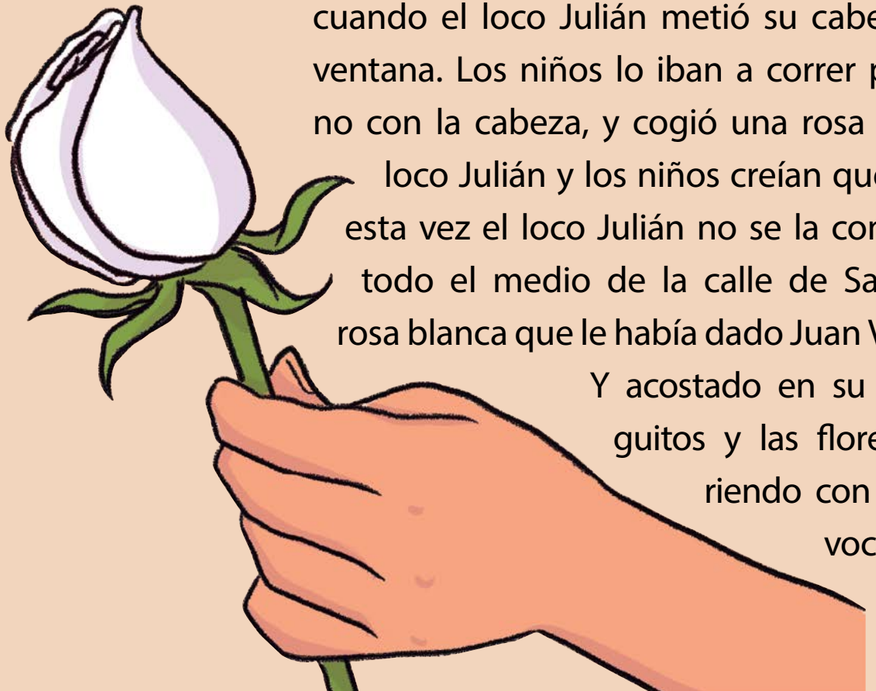
Juan Vaca veía jugar a los muchachos de lejos, se reía de lejos, se emocionaba de lejos, pero no se atrevía a acercarse porque los muchachos no le hablaban, y si él se acercaba, le

gritaban: "¡El tonto tontón! ¡El tonto tontón!", y Juan Vaca se volvía a alejar riendo con pena —porque para la pena también tenía una risa— y se ponía a verlos de lejos, de lejos.

Pero sucedió que un día los muchachos estaban jugando en el río y Juan Vaca los miraba y se reía de lejos con su risa de burla, cuando de pronto los niños empezaron a gritar porque el río se llevaba a Vallito y a Henry. Y Raúl se metió y también se lo llevaba el río, que creció de repente, y los demás muchachos gritaban y lloraban y entonces Juan Vaca corrió y se lanzó al río y nadó muy rápido, porque él sabía nadar mucho, y empujó a Raúl, que era el más grande, para lo bajito y después se montó a Vallito en la nuca y a Henry lo agarró por los cabellos y los sacó a los tres, y desde la orilla todos reían ahora y no podían dejar de reír, pero de pronto Juan Vaca pegó un grito y se arrastró hasta salir del

río y gritaba porque una raya, que es un animal que puya muy fuerte, le había atravesado el pie, y Juan Vaca gritaba y lloraba y no se reía.

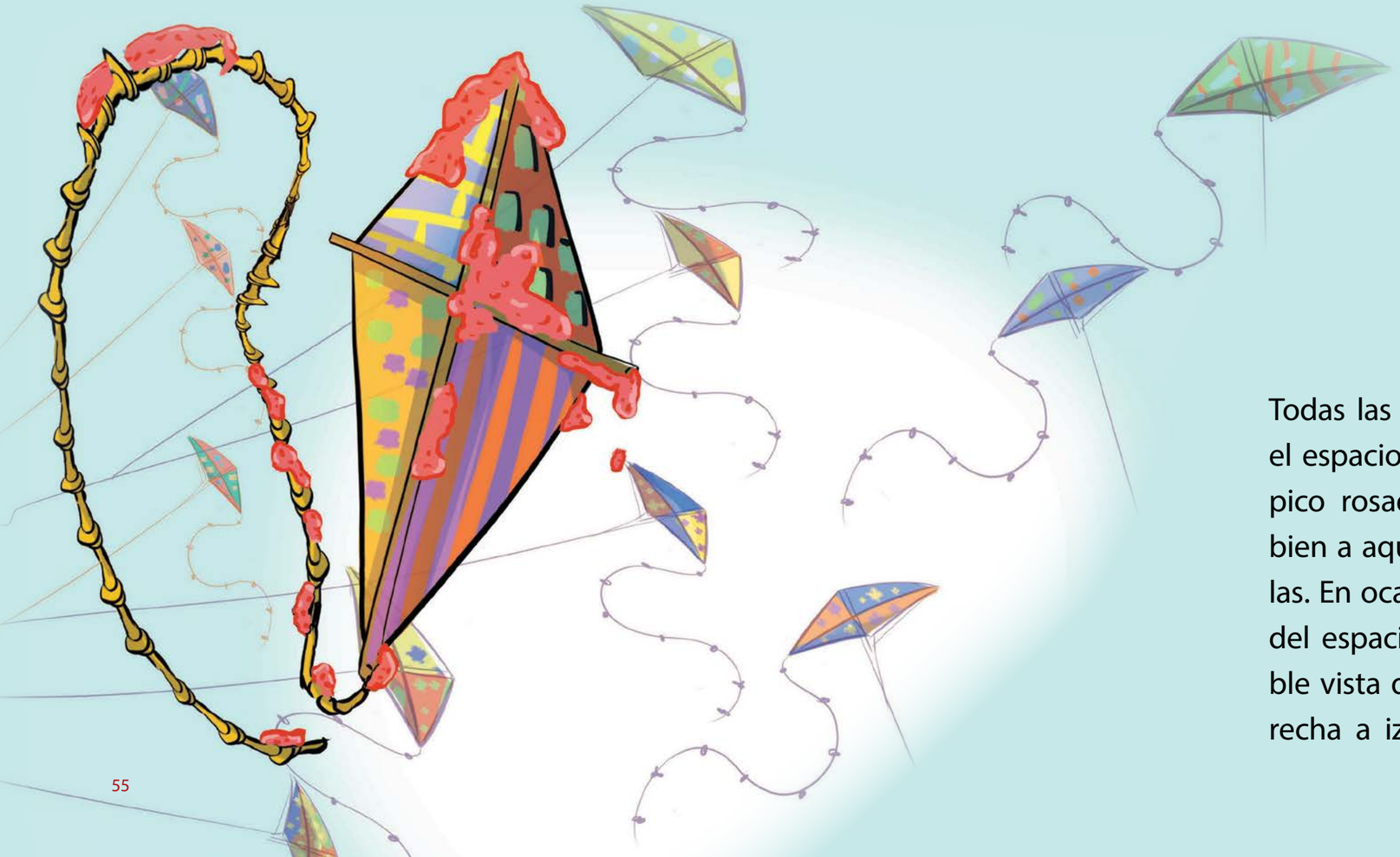
Menos mal que por allí andaban unos campesinos y oyeron los gritos de Juan Vaca y se acercaron y se lo llevaron para una casa cercana y lo acostaron en una hamaca. Le dio mucha fiebre de noche y pasó muchos días enfermo y sus flores se empezaron a poner feas y marchitas porque nadie las regaba. De esto se dieron cuenta Vallito, Henry y Raúl y por eso limpiaron el jardín y regaron las flores porque ellos ahora sí querían a Juan Vaca. Y decidieron hacer guardia en el jardín para correr al loco Julián cuando viniera a romper las flores y a pisarlas y a comérselas. Y cuando las rosas se pusieron bonitas, hicieron un ramo y se lo llevaron a Juan Vaca y le dijeron que habían cultivado muchas rosas



blancas en su jardín. Y al oírlos, a Juan Vaca como que se le quitó el dolor y se rio mucho con ellos con su risa ji-ji que significaba mucha alegría, toda la alegría del mundo.

Y estaba Juan Vaca y sus alegres amigos riendo todavía cuando el loco Julián metió su cabezota desgreñada por la ventana. Los niños lo iban a correr pero Juan Vaca dijo que no con la cabeza, y cogió una rosa y se la dio sonriendo al loco Julián y los niños creían que se la iba a comer, pero esta vez el loco Julián no se la comió, sino que se fue por todo el medio de la calle de Santa Bárbara mirando la rosa blanca que le había dado Juan Vaca.

Y acostado en su hamaca, entre sus amiguitos y las flores, Juan Vaca se seguía riendo con su risa alegre de alegre vocal.



El gavilán y los extraños pájaros multicolores

Todas las tardes, cuando los niños elevaban sus papagayos, el espacio era atravesado por el vuelo de un curioso gavilán pico rosado. Lo hacía muchas veces, como para observar bien a aquellos extraños pájaros multicolores y de largas colas. En ocasiones, se detenía en pleno aire y, fijo en un punto del espacio azulado, se quedaba viéndolos con su formidable vista que no necesita telescopio. Movía la cabeza de derecha a izquierda, siguiendo los graciosos movimientos de

los papagayos y, de pronto, empezaba a volar alrededor de ellos, a prudente distancia.

A los muchachos les divertía aquella ave de veloz y alto vuelo que venía a jugar con ellos. Pero un buen día se dieron cuenta de que las intenciones del gavilán no eran las de jugar ni mucho menos. Esa tarde, luego de hacer algunos círculos en el aire, la veloz ave se lanzó contra uno de los papagayos, lo picoteó varias veces con ferocidad y luego se alejó. Muy pronto regresó y volvió a hacer lo mismo contra otro de los papagayos. Como se dio cuenta de que los extraños pájaros multicolores y de largas colas no se defendían, atacó repetidamente a uno de ellos hasta que lo destrozó y derribó. Asustados, los niños bajaron los demás papagayos y se fueron a sus casas. El victorioso gavilán se quedó volando solo, como celebrando su triunfo.

Pedro, de quien era uno de los papagayos que el gavilán destrozó, decidió enfrentar a aquella ave de rapiña, que amenazaba con no dejarlos elevar más cometas en el cielo. Esa misma noche se hizo otro papagayo, porque él mismo los hacía, y lo untó de mucho picante. Al día siguiente, tan pronto lo elevó, apareció el gavilán envalentonado y se lanzó al ataque. Al primer picotazo, salió huyendo y pegando grandes chillidos. Se detuvo a lo lejos, como sorprendido, pero luego, más feroz y enojado, volvió al ataque. Otra vez le ocurrió lo mismo y así se convenció de que aquel pájaro multicolor de larga cola picoteaba muy fuerte y quemaba. Aunque herido en su orgullo, el enojado gavilán se alejó del lugar y no volvió más.

Los pequeños pájaros del bosque se dieron cuenta de que aquella ave de rapiña que los perseguía y se los comía les

había cogido pánico a los papagayos. Desde entonces, esperaban que estos aparecieran en el cielo para empezar a volar, alegres y jubilosos, a su alrededor. Y así, todas las tardes, bellos pájaros de todas las especies y los papagayos de los niños ponían una fiesta de trinos y colores en el azul del cielo.

El pueblo que cambiaba de colores

En aquel pueblo escondido entre la niebla más profunda de Los Andes, hubo un día una rebelión de flores. Sin ton ni son echaron a volar por las calles y veredas, confundiéndose con las frágiles mariposas que por esta época del año invaden el espacio con sus múltiples colores y matices. Abandonaban los rosales, se despegaban de las ramas y sin mover los pétalos volaban jubilosas, llenando el aire de desordenados y pequeño arcoíris.

La gente se asomaba a las ventanas sin entender el

extraño comportamiento de las flores, pero con la creencia de que aquello era el anuncio de algo grande. Las mariposas volaban confundidas ante la presencia de tan inesperadas compañeras, sin saber adónde ir y un poco apabulladas por el variado colorido de las flores.

Por el polen multicolor que llovía sobre el pueblo todos los animales empezaron a cambiar de color: aparecían vacas azules, perros violetas, gatos verdes, arañas rojas, cabras anaranjadas y otros animales de muchos colores nunca vistos. También las calles y veredas cambiaban de tonalidad y a la estatua de Simón Bolívar un arcoíris perfecto le cruzaba el pecho.

La gente, por más que se sacudía, no podía evitar cambiar de color desde los cabellos hasta los pies. Las personas comenzaron a confundirse entre ellas mismas porque cada

día amanecían de un color distinto y a cada rato tenían que estar presentándose y diciéndose sus nombres.

—Mucho gusto, mi nombre es José Miranda.

—¡Caramba, pero si ayer no más nos conocimos! ¡Usted sí cambia rápido!

—Y usted, ¿qué puede decir? Ayer no más lo vi marrón y ya hoy es vino tinto.

Ante aquella confusión, donde nadie sabía quién era quién, el jefe civil envió un telegrama urgente a la capital dando la novedad al gobierno nacional. Pero de la capital le enviaron otro telegrama pidiendo que fuera a poner su queja personalmente por lo extraño del caso. Cuando llegó a la capital fue la sorpresa y el hazmerreír de todo el mundo porque allí nunca habían visto a un hombre de tantos colores. Un policía lo miró fijamente, le dio una vuelta completa y dijo:

—Está loco, sin duda que está loco y se cree guacamaya.

De inmediato lo agarraron y lo metieron en un manicomio.

Su ayudante fue designado jefe civil y como ya sabía lo que le había pasado a su jefe, se cuidó de estar quejándose de nada. “Cada quien —pensó en voz alta— que vea el mundo del color que quiera”.

No se sabe cuánto tiempo duró la rebelión de las flores, pero una mañana de abril, al despertar, toda la gente se descubrió en su antiguo color, los animales eran normales, el arcoíris había desaparecido del pecho del prócer y las flores estaban de lo más radiantes en las vivaces plantas de los jardines. Algunas mariposas revoloteaban entre las ramas.

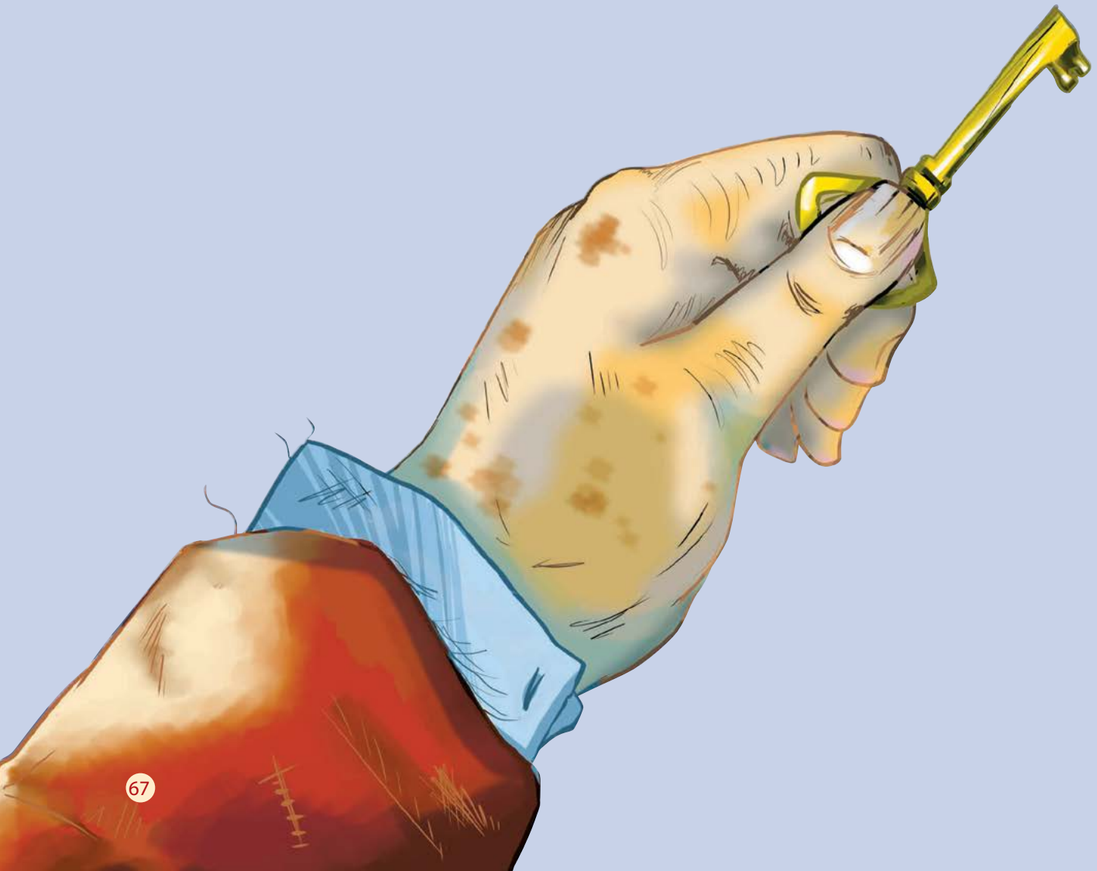
—¿Qué nos pasó? —preguntó una mujer.

—Nada —respondió un niño—, solo que todos tuvimos un mismo sueño de colores.

—El único que no soñó —dijo el nuevo jefe civil— fue mi jefe y por ir a la capital a contar lo que aquí estaba pasando lo metieron en un manicomio blanco y negro, acusado de tener una locura de colores. Y como ustedes saben, un loco no puede dirigir un pueblo.

—Eso le pasó por no dormir —advirtió el cura—. Y ustedes, vuelvan tranquilos a sus trabajos y olviden lo que sucedió porque todo fue un sueño. Un sueño colectivo.

Pero al dar la espalda para dirigirse a la capilla, la gente se dio cuenta de que la calva del señor cura era verde esmeralda. Admirados, todos se vieron entre sí, al comprender que el señor cura todavía no se les había salido del sueño.



La llave perdida no estaba perdida

En Isnotú se perdió una llave. El viejo Baruto reunió a todos los niños del pueblo y les dijo que el que encontrara la llave se ganaría un viaje en teleférico al pico Espejo. Los muchachos no se hicieron repetir dos veces la promesa y se lanzaron entusiasmados a la búsqueda de la llave. Empezaron a buscar por las calles, por los jardines, por los basureros, por todas partes. En las casas registraron hasta el último rincón, no dejaron nada sin revolver, causándoles desesperación a sus mamás que no hallaban cómo contener el entusiasmo

de los muchachos. Todo el día lo pasaron registrando por todas partes.

Como a las cinco de la tarde, cargados de llaves viejas de todo tipo y tamaño, se reunieron en la casa de Baruto y sobre una mesa grande echaron su cargamento. Baruto, asombrado, exclamó:

—¡Caramba! Nunca imaginé que hubiera tantas llaves en el pueblo. ¡Aquí hay como cincuenta kilos de llaves!

—¿Quién ganó? —preguntó intranquilo Rafael.

—Ya va. Déjame revisarlas una por una —dijo Baruto—. Esto me va a llevar tiempo, mejor vuelvan mañana.

No de muy buenas ganas, los niños se marcharon con la promesa de estar en casa del viejo Baruto a la primera hora del día siguiente. Esa noche todos soñaron con llaves

pequeñas y gigantes y con un divertido viaje en teleférico al pico Espejo. El teleférico de sus sueños tenía la forma de una enorme llave.

Cuando aparecieron los primeros rayos de sol, ya todos estaban sentados en la acera de la casa de Baruto. Este los hizo pasar y, con cara muy seria, les dijo que ninguna de las llaves que habían traído era la llave perdida.

—¿Y cómo es esa llave? —preguntó Javier, arrugando la frente.

—Eso debían haberlo preguntado antes de ponerse a buscar —dijo Baruto.

—Es verdad —reconoció Luis—, hemos perdido el tiempo. Pero dinos de todas maneras cómo es la famosa llave perdida.

—¡La verdad es que no sé! —confesó el viejo Baruto.

—Entonces, ¿para qué nos mandaste a buscar una llave que no existe? —protestó Alfredo.

—De que existe, existe —dijo Baruto—, pues me encontré en el monte una alcancía cerrada y toda alcancía tiene llave. El problema es encontrarla.

—¡Ah!, ¿así es la cosa? —replicó Ernesto—, ¿y con qué nos ibas a pagar el viaje al pico Espejo?

—Bueno —se defendió Baruto—, con lo que hay en la alcancía, porque está llena de algo.

—¿Y si no hay dinero? —preguntó Luis.

—Eso está por verse —dijo optimista Baruto.

—¿Y cómo lo vas a averiguar? —lo emplazó Pedro.

—Le llevaré la alcancía al herrero para que la abra —dijo Baruto, y en el acto salió rumbo a la herrería.

Seguido por los niños, en medio de una algarabía, Baruto atravesó la calle mayor casi hasta la salida del pueblo, pues el herrero vivía en la última casa de Isnotú. Sorprendida por el escándalo de los muchachos, la señora del herrero se asomó por el portón y exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa en el pueblo?

—Nada —dijo Baruto—, solo que traemos esta alcancía para que su marido el herrero nos la abra.

—Tanta bulla para esa tontería —rezongó la señora—. Esperen un momento que él ya viene.

El herrero apareció sin camisa, muy sudado y con una palanca en la mano.

—Vamos a ver qué se puede hacer —dijo y de inmediato le metió la palanca a la alcancía. La tapa de esta se abrió mucho más fácil de lo que Baruto y los niños se esperaban.

Por el suelo rodaron un montón de clavos, dos monedas y un papel.

—Las dos monedas son mías —dijo el herrero—, es el precio de mi trabajo. ¡Ah, miren, también hay una llave aquí!

El viejo Baruto tomó el papel y le dijo a Javier que lo leyera para ver lo que decía. El papelito decía así:

"Quien rompa esta alcancía para encontrar su llave, bien bruto es, pues una vez que la alcancía esté abierta, ¿para qué quiere la llave?".

El viejo Baruto palideció. Recordó que cuando todavía veía bien, había escrito ese papelito y lo había metido en esa alcancía que luego se le había perdido. No se explicaba cómo se le había olvidado todo eso y cuando quiso explicar la historia de la llave perdida a los niños, ya estos corrían por las calles gritando:

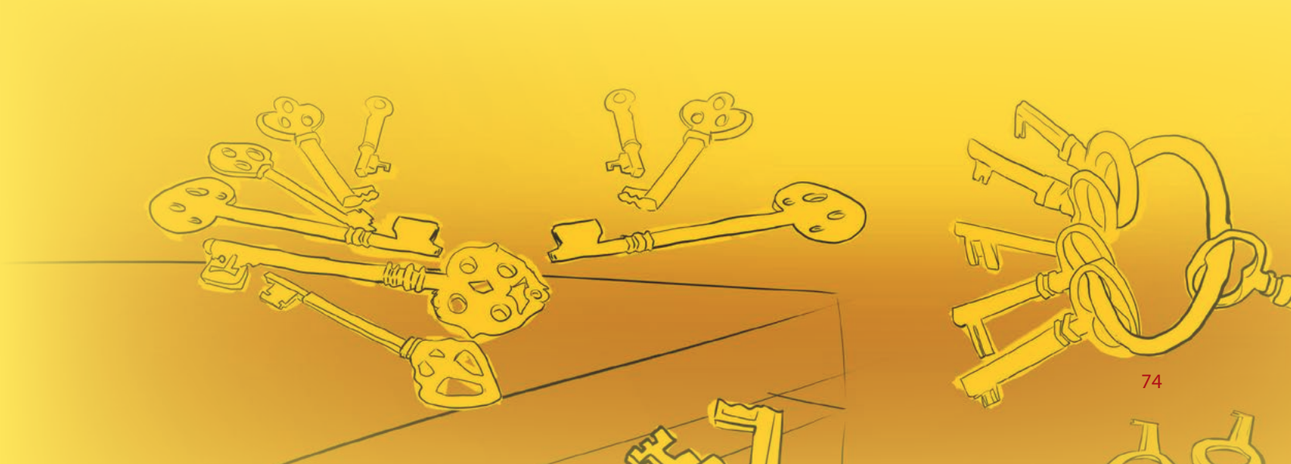
"¡Bien bruto es Baruto!

¡Bien bruto es Baruto!

¡Bien bruto es Baruto!".

Y Baruto, con las manos en la cabeza y mirándolos correr, todavía no se explicaba cómo había caído él mismo en su propia trampa.

—¡Por Baruto! —dijo el herrero a su espalda.



Rocinante comió muchas ciruelas en el parque

En Tocoma, un lejano pueblo del sur de Venezuela, el débil relincho de un caballo invisible detuvo el juego de los niños en el parque.

De grama muy verde y cuidada, el parque era pequeño y siempre estaba poblado de pájaros, que sumaban sus vistosos colores a los de las mariposas y flores. Esta mezcla de alas, plumas y pétalos brindaba a los ojos una viva acuarela natural. En medio de una fiesta de matices, los niños disfrutaban los espléndidos veranos del pueblo.

Aquel domingo de abril, alegrado por un concurso de canto entre arrendajos y cristofués, estaban todos jugando a las cuarenta matas, cuando escucharon el relincho a lo lejos.

—Es un caballo —exclamó Desirée—, pero yo no lo veo, ¡qué va!

—¡Yoooo tampoco! —dijo Simón Ernesto mientras se le avivaban las pecas que adornaban su nariz, roja como un tomate por el sol.

—¡Y yo, menos! —murmuró Liliana, la más pequeña, encogiéndose de hombros.

"Ni yoooo…", dijeron casi en coro los demás, al tiempo que se llevaban las manos a la frente para mirar mejor en la distancia.

Así estuvieron un rato, tratando cada uno de descubrir de primero al caballo, hasta que se cansaron. Y ya iban a

empezar el juego de nuevo cuando volvieron a escuchar el relincho, esta vez más cerca.

—¡Es un caballo! ¡Es un caballo! —volvió a exclamar Desirée.

—Sí, es un caballo, es un caballo —la remedó Toño—, ¡pero no se ve!

—Debe ser un caballo de mentira. Vamos a seguir jugando, que ustedes estaban perdiendo.

—¿Quiénes estaban perdiendo? —reclamó Argimiro, esperando una pronta respuesta.

Y ya Toño iba a responder: "Ustedes" cuando se escuchó un tercer relincho, pero esta vez sí apareció el caballo.

—¡Es de verdad, verdad! —se admiró Desirée, viendo a Toño como si lo retara—. ¡Míralo, es de verdaíta! ¡Míralo, míralo!

—Lo veo, lo veo —refunfuñó Toño—, ¿o acaso crees que estoy ciego?

—Por si acaso, mijo… —respondió Desirée, mientras su risa feliz se expandía por el parque, entre el canto de los pájaros y la suave canción de las hojas tocadas por la brisa.

El noble animal no podía caminar con mayor lentitud. Parecía pedirle permiso a una pata para mover la otra, como si le pesaran los cascos, como si viniera de muy lejos y estuviera demasiado cansado. Lentamente se iba acercando al parque, donde los niños aguardaban en silencio, mirándolo fijamente, bajo la sombra cubierta de flores amarillas del araguaney.

El caballo llegó al poco rato. A los niños les pareció que se tardó un siglo. Pasó frente a ellos y, sin mirarlos siquiera, entró al parque como a su casa y se echó sobre la grama, debajo de una mata cargada de ciruelas.

—¡Qué pretencioso! —dijo Liliana.

Los niños lo miraron primero de lejos; luego se le fueron acercando más y más y el caballo ni se movía, no hacía nada que los asustara.

Toño puso en el suelo su papagayo de colores y se le acercó más. Le pasó la mano por las crines, le acarició una oreja y como los demás niños vieron que era mansito, también se le acercaron y empezaron a jugar con él y a darle ciruelas.

—Es mío —quiso aclarar Desirée de una vez— porque yo lo vi de primerita.

—No —dijo Toño—, es mío porque yo fui el que lo amansó.

—No amansaste nada —se metió Simón Ernesto—, porque él ya era mansito.

—Bueno —dijo Argimiro—, es de todos, el caballo es de todos y eso es lo bueno, que tenemos un caballo de verdad, ¿se dan cuenta?

—¡Claro que nos damos cuenta, claro que sí! —dijo Desirée mientras le ponía al caballo su cintillo rojo.

Y siguieron dándole ciruelas al manso caballo, agarrándole la cola, las crines, las orejas, hasta que apareció Don Casimiro, el viejo maestro de Tocoma.

Los niños, muy alegres, le dijeron: “Buenas tardes, maestro”, y le contaron que ahora tenían un caballo que primero era invisible, pero que después apareció de verdad, verdad. Don Casimiro, sonriendo, se acercó y miró al caballo, cuya estampa lo apenó: era un animal flaquísimo, las costillas como que se le iban a salir, los ojotes se le brotaban, las patas parecían más bien palos de escoba y las ancas semejaban una enorme horqueta. El caballo comía ciruelas golosamente.

Don Casimiro, sin embargo, no tenía por qué apenarse, pues su flaca figura no era más afortunada que la del caballo. Más bien se parecían bastante. Alisándose los anchos bigotes blancos, el viejo maestro dijo:

—Caramba, este es Rocinante, el caballo de Don Quijote de La Mancha.

—¿Don quiénnnn? —preguntó Liliana.

—Don Quijote, Don Quijote, niños… —repitió Don Casimiro.

—No lo conocemos —aseguró Argimiro—, por aquí no vive ese señor.

—Fue un caballero andante muy noble y valiente —explicó Don Casimiro— que vivió en un lugar de La Mancha hace ya mucho tiempo, y a quien también llamaban el Caballero de la Triste Figura.

—El Caballero de la Triste Figura… —repitió bajito

Simón Ernesto, extrañado por tan largo apodo—. ¿Y quién le puso ese sobrenombre, maestro?

—No es un sobrenombre ni ningún apodo —dijo muy serio Don Casimiro—. Él mismo se puso esa especie de título porque su figura era tan triste como la de su caballo. Ponerse un nombre distinto al propio era una costumbre de los antiguos caballeros andantes. Y Don Quijote fue un gran caballero andante.

Los niños, que se habían distraído con la larga historia del fabuloso caballero que les contaba entusiasmado Don Casimiro, voltearon para ver si la figura del caballo era triste pero se llevaron la gran sorpresa: el caballo ya no estaba allí.

—¿Dónde está el caballo? ¿Qué se hizo el caballo? —exclamaron todos con sorpresa y empezaron a buscarlo por todo el parque.

—¿Cuál caballo, niños? —les preguntó Don Casimiro—, aquí no había ningún caballo, solo que yo les estaba contando la historia de Don Quijote de La Mancha, el Caballero de la Triste Figura, y parece que esta historia los hizo soñar despiertos.

Pero los niños no le creyeron mucho a Don Casimiro porque sabían que al viejo maestro se le olvidaban las cosas. Y esa tarde, al regresar a sus casas, les contaron a sus padres lo del caballo que primero era invisible y después apareció de verdad, verdad y luego volvió a desaparecer.

Sus papás los oyeron con interés y desde aquel domingo todas las tardes cuando juegan, cada uno lleva las orejas bien paradas, esperando oír a lo lejos los relinchos del amistoso caballo, porque están seguros de que aquella otra tarde Rocinante estuvo en el parque y comió muchas ciruelas.

Entonces esta historia no termina nunca

Entonces la noche se hace larga, entonces un niño cuenta un cuento y los demás lo escuchan en silencio, entonces dice que el relato es cierto, entonces dice que la palabra "entonces" es como una historia abierta, entonces esa historia no tiene fin, entonces esa historia no termina nunca, entonces otro niño grita: "Colorín colorado…", entonces el niño que cuenta el cuento grita que es mentira, que este cuento no se ha acabado, entonces es verdad que la palabra "entonces" es como una historia abierta, entonces esa historia no termina nunca, entonces no se puede poner punto y final y sigue…

Índice

José María, el Alegre Embustero

Viaje al interior del arcoíris

Alejandrina, loca patriota, ¿qué te alborota?

Les voy a contar un sueño

¿Puede a un muñeco palpitarle el corazón?.

Un avión azul en el patio de la casa

Cultivo una rosa blanca

El gavilán y los extraños pájaros multicolores

El pueblo que cambiaba de colores

La llave perdida no estaba perdida

Rocinante comió muchas ciruelas en el parque

Entonces esta historia no termina nunca

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Rocinante comió muchas ciruelas en el parque

se terminó de editar en formato digital

en la República Bolivariana de Venezuela,

en Caracas, en el mes de octubre de 2020

Rocinante comió muchas ciruelas en el parque, originalmente publicado en 1999, es un libro de cuentos hecho para sumergirnos en un universo maravilloso donde todo es posible gracias a la magia de las palabras, preservadas en su poder creador. El libro, que fue escrito para sus hijos, abre con el cuento "José María, el Alegre Embustero", relato de un joven que "se la pasaba nada más que inventando cosas, puros embustes", excusa maravillosa que nos permite apreciar cómo funde la poesía junto con la prosa, una constante en su trabajo. Nos regala al final un giro lleno de gracias, que atraganta al héroe "con sus propias fantasías". Sin lugar a dudas este es un hermoso y honesto regalo para todos nuestros niños y niñas.

Earle Herrera (Anzoátegui, 1949)

Periodista y político venezolano, se desempeñó como profesor de la Universidad Central de Venezuela. Participó en la Constituyente de 1999 y en la Asamblea Nacional Constituyente que se convocó en 2017. Actualmente es diputado de la Asamblea Nacional. Su verbo, especialmente como articulista de opinión, se destaca por el sentido del humor y la sátira social. Herrera también sobresale como poeta y cuentista. En su prosa podemos encontrar, de la mano con el humor y la ironía, la muerte y la soledad. En cuatro oportunidades ha recibido el Premio Nacional de Periodismo y ha sido galardonado con el Premio Municipal de Literatura del Distrito Capital (1977) y el premio de narrativa del extinto Consejo Nacional de la Cultura. Desde 2003 conduce el programa Kiosko Veraz, por el canal estatal Venezolana de Televisión, y es el escritor homenajeado en la FILVEN 2020.

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

IMPRESO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA